

Venimos á ceñir sobre tu frente
La corona de luz que tú querias;
A recoger para la fé naciente
La llama que en tu espíritu escondias.....
Y al mundo triste y de dolor cubierto
Que aguarda que la tumba te devore
Venimos á decirle que no lllore,
Venimos á decirle que no has muerto.....

Que hoy es cuando tú naces
A la luz de la gloria y de la vida,
Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
Tu entrada por la tierra prometida.
Que en vez de ser testigos
Del crepúsculo débil que se apaga,
Los que hoy venimos á entregar un hombre
Al antro de las sombras eternas,
Venimos á encender en su desierto
El sol que se alza de ese libro abierto
Donde quedan tus hechos inmortales.

México, 9 de Setiembre de 1872.—MANUEL ACUÑA.

Discurso pronunciado por el Sr. D. Marino Zúñiga en representacion de los profesores encargados del hospital de San Pablo.

SEÑORES:—Sin merecerlo he sido comisionado por mis compañeros los médicos del hospital Juarez (1) para decir el último adios ante la tumba donde yace inerte el cadáver de uno de sus mas ilustres directores, D. José Barceló y Villagran.

Querido maestro! mi voz es débil para expresar los sentimientos de mi alma y el acerbo dolor que la atormenta; mi elocuencia ninguna, para narrar tus glorias; mi inteligencia poca aun para comprender tus virtudes. Por mas de veinte años en que prestaste tus interesantes conocimientos en el establecimiento que me honro de representar con un objeto bien triste, se ha contemplado tu ciencia; allí se han visto los profundos estudios sobre anatomía que dirigian tus manos siempre breves y seguras; allí, tu semblante tranquilo é inalterable ante el peligro de la vida del paciente que manifestaba tu aguerrimiento en la práctica quirúrgica; allí han aprendido todos de tí; allí has adquirido gloria merecida; allí se te ha dado el justo renombre de eminente cirujano. Yo, el último de tus discípulos, el mas humilde de tus compañeros, ante tu tumba debo pagar tributo á tu saber, porque el sin número de veces que tuve la satisfaccion de acompañarte en difíciles y riesgosas operaciones siempre dirigiste mi inesperta mano con hábiles consejos: yo sé poco, pero te lo debo á tí, ilustre amigo.

(1) San Pablo.

Trabajaste para el alivio de la humanidad, consagraste tu vida entera á la sublime y escabrosa ciencia de la medicina, cumpliste siempre con tu penoso deber; llevabas un noble y laudable objeto, al que aspiraste hasta tu último momento: la felicidad de tu numerosa familia.

En efecto, señores, modelo el Sr. Villagran de un honrado y buen padre de familia, dedicaba todo su afán, todo su trabajo, toda su gloria á su virtuosa esposa, á sus tiernos y amantes hijos: multitud de veces le he visto, agobiado ya por su fatal enfermedad, rodeado de ellos, arrojando con valor las penalidades del trabajo, todo para darles lo necesario, todo para ellos, y nada para él..... Hoy ya no existe el hombre de acrisolada honradez y de virtud cristiana á toda prueba. Le lloran sus deudos; llorémosle también, es nuestro deber. El hombre ha muerto; he aquí su cuerpo. El espíritu goza de la bienaventuranza concedida á los justos. Su ciencia y sus virtudes aún viven; la una germina en la inteligencia de esa juventud estudiosa que le oía en las cátedras, y las otras se desarrollan en el corazón de sus hijos, á los que enseñó con su ejemplo el camino difícil del deber. Los monumentos que las guardan son los corazones que formó, los pobres á quienes socorria, y los que aprendimos algo de su saber.—He dicho.

Setiembre 9 de 1872.—MARINO ZUÑIGA.

Discurso pronunciado por D. Juan Ignacio Vasconcelos á nombre de los alumnos de la Escuela de Medicina.

SEÑORES:—La humanidad nacia apenas cuando el Criador del Universo ofendido por el pecado del primer hombre fulminó contra ella este terrible anatema: «Sujeta quedarás á las enfermedades y á la muerte.» El decreto no hizo excepciones. El virtuoso y el malvado, el sábio y el ignorante, todos sucumben. Hasta el Hombre-Dios murió enclavado en una cruz. ¡Cuántas lágrimas, cuántos sufrimientos indecibles ha costado ya esa sentencia!

A pesar de la resignacion que ha traído en el ánimo de las gentes la verificacion incesante de la muerte, cuando desaparecen los que hacen el bien y viven en perpetua lucha con el dolor que aqueja á los demas, siéntese que ella les arrastra á la tumba dejando un hondo vacío en el hogar, en la falange á que pertenecen y honran, en el mundo en una palabra.

Hoy venimos á devolver á la tierra de que fué hecho, no á un político que sacrificara á sus semejantes á sus proyectos, á sus caprichos ó á su ambicion; no á un guerrero cuyas proezas estén tintas en la sangre de sus hermanos; sino á un honrado ciudadano, á un buen padre de familia, á un cirujano hábil y humilde que cuchillo en mano disputó á la muerte muchas veces sus fúnebres victorias; á un diestro director de la juventud y modelo cabal del hombre virtuoso. Tal era el Sr. Dr. D. José María Barceló y Villagran.

Al volar su noble alma á la mansion de los justos deja una estela luminosa en pos de sí; nos deja su buen ejemplo y su ciencia. Deja además á su familia y á la posteridad un nombre sin tacha. Los estudiantes de la Escuela de Medicina le recordarán siempre con respeto, y yo en su nombre deposito en su tumba esta pobre ofrenda de gratitud.

México, 9 de Setiembre de 1872.—JUAN IGNACIO VASCONCELOS.